

RANDY
ALCORN



El
PRINCIPIO
del TESORO

DESCUBRA EL SECRETO
del DADOR ALEGRE

Capítulo 1

UN TESORO ESCONDIDO

Un tesoro escondido No tiene nada de tonto el que da lo que no puede guardar para ganar lo que no puede perder.

JIM ELLIOT

Estamos en el siglo primero. Un hebreo camina solo en una calurosa tarde, bastón en mano. Lleva los hombros encorvados, las sandalias cubiertas de polvo y la túnica manchada de sudor. Pero no se detiene a descansar. Tiene un asunto urgente en la ciudad.

Se sale del camino para adentrarse en un campo, buscando un atajo. Al dueño no le va a importar; es una cortesía que se tiene con los viajeros. El suelo es irregular. Para mantener el equilibrio, va metiendo el bastón en la tierra.

¡Pam! El bastón golpea algo duro.

Se detiene, se seca la frente e introduce de nuevo el bastón.

¡Pam! Allí dentro hay algo, y no es una piedra.

El cansado viajero se dice que no se puede dar el lujo de atrasarse allí. Pero la curiosidad no lo deja moverse. Golpea el suelo. Algo refleja un rayo de sol. Se tira de rodillas y comienza a cavar.

Cinco minutos más tarde la descubre: una caja con bordes de oro. Por el aspecto, parece haber estado allí durante décadas.

Mientras el corazón le late deprisa, fuerza el herrumbroso candado y abre la tapa.

¡Monedas de oro! ¡Joyas! ¡Piedras preciosas de todos los colores! Un tesoro más valioso que cuanto él se haya imaginado jamás.

Con temblorosas manos, el viajero revisa las monedas, acuñadas en Roma más de setenta años atrás. Algún hombre rico debe haber enterrado la caja y muerto repentinamente, muriendo con él el secreto de la ubicación del tesoro. No hay ninguna casa por los alrededores. Seguramente, el dueño actual de la tierra no tiene idea alguna de que haya en ella un tesoro.

El viajero cierra la tapa, entierra el baúl y marca el lugar. Se da media vuelta y se dirige a su casa; solo que ahora ya no arrastra los pies. Va pegando saltos como un chiquillo, y lleva una amplia sonrisa en el rostro.

¡Qué descubrimiento! ¡Increíble! ¡Ese tesoro tiene que ser mío! Pero no me puedo quedar con él sin más; eso sería robar. El que sea dueño del campo, es dueño de todo lo que haya en él. Pero, ¿de dónde saco yo para comprarlo? Voy a vender mi finca... las cosechas... mis herramientas... mis bueyes, que tanto aprecio. Sí; si lo vendo todo, con eso debiera bastar.

Desde el momento de su descubrimiento, la vida del viajero cambia. El tesoro captura su imaginación, y se vuelve la inspiración de sus sueños. Es su punto de referencia; su nuevo centro de gravedad. Cada nuevo paso que da el viajero, lo da pensando en el tesoro. Experimenta un radical cambio en sus paradigmas.

Jesús capta esta historia en un solo versículo: “El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo” (Mateo 13: 44).

LA RELACIÓN CON EL DINERO

La parábola del tesoro escondido es una de las muchas veces que Jesús se refiere al dinero y a las posesiones. De hecho, el quince por ciento de todo lo que Él dijo se refiere a este tema; es más que sus enseñanzas sobre el cielo y el infierno, juntas. ¿Por qué insistió tanto Jesús en el dinero y las posesiones?

Porque hay una conexión fundamental entre nuestra vida espiritual y nuestra forma de pensar acerca del dinero, y de manejarlo. Nosotros trataremos de divorciar nuestra fe de nuestra economía, pero Dios las ve como inseparables.

Hace años me di cuenta de esto en un avión mientras leía Lucas 3. Juan el Bautista le está predicando a una multitud de personas que se han reunido para oírlo y recibir su bautismo. Tres grupos distintos le preguntan qué deben hacer para dar el fruto del arrepentimiento. Juan da tres respuestas:

1. Todos deben compartir su ropa y su comida con los pobres (v. 11).
2. Los recaudadores de impuestos no deben exigir más dinero del que es justo (v. 13).
3. Los soldados se deben contentar con su sueldo, sin extorsionar para obtener dinero (v. 14).

Las tres respuestas tienen que ver con el dinero y las posesiones. Sin embargo, nadie le había preguntado eso a Juan el Bautista. Le habían preguntado qué debían hacer para manifestar el fruto de la transformación espiritual. Entonces, ¿por qué no habló Juan de otras cosas?

Allí sentado en aquel avión, me di cuenta de que nuestra forma de relacionarnos con el dinero y las posesiones no solo es importante, sino que es central en nuestra vida espiritual. Tiene una prioridad tan elevada para Dios, que Juan el Bautista no pudo hablar de espiritualidad sin hablar acerca de la forma de manejar el dinero y las posesiones.

Eso mismo comencé a notar en otros pasajes. Zaqueo le dijo a Jesús: “He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado” (Lucas 19:8).

¿La respuesta de Jesús? “Hoy ha venido la salvación a esta casa” (v. 9). El enfoque nuevo y radical de Zaqueo con respecto al dinero demostraba que su corazón había sido transformado.

Después encontré a los convertidos en Jerusalén, que vendieron alegres sus posesiones a fin de ayudar a sus necesitados (Hechos 2:45; 4:32-35). Y los ocultistas de Éfeso, que demostraron que su conversión era auténtica cuando quemaron sus libros de magia, valorados en lo que hoy equivaldría a millones de dólares (Hechos 19:19).

La viuda pobre se destaca en las páginas de las Escrituras por haber dado dos moneditas. Jesús la elogia: “Ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Marcos 12:44).

Hay un fuerte contraste cuando Jesús habla de un hombre rico que gastó en sí mismo todas sus riquezas. Tenía planes de echar abajo sus graneros para construir otros más grandes, almacenando para sí, de manera que se pudiera retirar pronto y tomar la vida con tranquilidad.

Pero Dios le llamó necio y le dijo: “Esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (Lucas 12:20). La mayor acusación en su contra —y lo que demostraba su estado espiritual— es que era rico para sí mismo; no rico para Dios. Cuando un joven le preguntó a Jesús qué debía hacer para ganar la vida eterna, Jesús le respondió: “Anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme” (Mateo 19:21). Aquel joven estaba obsesionado con sus tesoros terrenales.

Jesús lo llamó a algo más elevado: los tesoros del cielo.

Él sabía que el dinero y las posesiones eran el dios de aquel hombre. Se daba cuenta de que no iba a servir a Dios, a menos que destronara al dinero, que era su ídolo. Pero él consideró que el precio era demasiado grande. Por eso se alejó triste de los tesoros verdaderos.

¿LISTO O TONTO?

El joven no estuvo dispuesto a dejarlo todo para obtener un tesoro mayor; en cambio, nuestro viajero que entró al campo sí. ¿Por qué? Porque el viajero comprendió lo que aquello le ganaría.

¿Siente lástima por el viajero? Al fin y al cabo, su descubrimiento le costó todo lo que tenía. Pero no nos debemos compadecer de este hombre; lo debemos envidiar. Su sacrificio palidece comparado con su recompensa. Piense en la proporción entre el costo y los beneficios; los beneficios superaron grandemente al costo.

El viajero hizo unos cuantos sacrificios a corto plazo para obtener una recompensa a largo plazo. Usted se lamentará diciendo: “Le costó todo lo que poseía”. Sí, pero le hizo ganar todo lo que importaba.

Si nos perdemos la palabra “gozoso”, nos lo perdemos todo. Aquel hombre no estaba cambiando unos tesoros menores por otros más grandes, movido por una pesada obligación, sino por el gozo y el júbilo. Habría sido tonto de no haber hecho exactamente lo que hizo.

La historia de Cristo acerca del tesoro en el campo es una lección objetiva con respecto a los tesoros del cielo. Por supuesto, por grande que fuera el valor de esa fortuna terrenal, no tendría valor alguno en la eternidad. De hecho, este es exactamente el tipo de tesoro en cuya búsqueda la

gente gasta la vida. Jesús apela a lo que nosotros valoramos —los tesoros terrenales y temporales— con el fin de hacer una analogía sobre lo que debemos valorar: los tesoros celestiales y eternos.

David habló de este tipo de tesoros: “Me regocijo en tu palabra como el que halla muchos despojos” (Salmo 119:162). Las promesas de Dios son tesoros eternos, y su descubrimiento produce gran gozo.

En Mateo 6, Jesús revela por completo los fundamentos de lo que yo he llamado “El principio del tesoro”. Es una de las enseñanzas más descuidadas:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón. (Mateo 6:19-21)

Piense en lo que está diciendo Jesús: “No os hagáis tesoros en la tierra”. ¿Por qué no? ¿Porque los tesoros de la tierra son malos? No. *Porque no duran.*

Las Escrituras dicen: “¿Has de poner tus ojos en las riquezas, siendo ningunas? Porque se harán alas como alas de águila, y volarán al cielo” (Proverbios 23:5). Qué imagen. La próxima vez que compre algo valioso, imagínese que echa alas y sale volando. Tarde o temprano va a desaparecer.

Pero cuando Jesús nos advierte que no almacenemos tesoros en la tierra, no es solo porque esos tesoros se podrían perder; es porque siempre se pierden. O ellos nos dejan a nosotros mientras vivimos, o nosotros los dejamos a ellos cuando morimos. No hay excepciones.

Imagínese que vive a fines de la Guerra de Secesión de los

Estados Unidos. Vive en el sur, pero es norteño. Tiene planes de regresar a su lugar tan pronto como termine la guerra. Mientras ha estado en el sur, ha acumulado una gran cantidad de dinero confederado. Supongamos también que sabe con toda certeza que el norte va a ganar la guerra, y que el final es inminente. *¿Qué va a hacer con su dinero confederado?*

Si es listo, solo hay una respuesta. Debe cambiar de inmediato su dinero confederado por dinero de los Estados Unidos; el único dinero que va a tener valor cuando termine la guerra. Guarde solo la cantidad de dinero confederado que necesite para atender a sus necesidades a corto plazo.

Por ser cristiano, usted tiene conocimiento seguro sobre la agitación mundial que va a producir al final de los tiempos el regreso de Cristo. Es el consejo máximo de los que saben bien las cosas: El dinero terrenal va a perder todo su valor cuando Cristo regrese... o cuando usted muera; lo que primero suceda. (Y cualquiera de las dos cosas se podría producir de un momento a otro.)

Los expertos en inversiones conocidos como marcadores de mercado leen las señales de que el mercado de valores está a punto de bajar, y recomiendan que se pasen de inmediato los fondos a medios más seguros, como mercados de dinero, fondos del tesoro o certificados de depósito.

Jesús funciona aquí como el máximo marcador de mercado. Nos dice que de una vez por todas cambiemos de vehículo de inversión. Nos indica que hagamos transferencia de nuestros fondos desde la tierra (que es volátil y está lista para hundirse permanentemente) hasta el cielo (que es totalmente sólido, está asegurado por Dios mismo, y pronto va a reemplazar a la economía de la tierra). Las predicciones económicas de Cristo para la tierra son sombrías; en cambio, no tiene reserva alguna en cuanto a empujarnos para que invirtamos

en el cielo, donde todos los indicadores del mercado son eternamente positivos.

El dinero confederado no tiene nada de malo, siempre que nosotros comprendamos sus límites. La comprensión de que tiene un valor temporal debe afectar de manera radical a nuestra estrategia para invertir. Acumular grandes tesoros terrenales a los que le va a ser imposible aferrarse por largo tiempo, es lo mismo que apilar dinero confederado, a pesar de saber que está a punto de perder todo su valor.

Según Jesús, almacenar tesoros terrenales no es solo algo errado. Es simplemente absurdo.

UNA MENTALIDAD DE TESORO

Jesús no se limita a decirnos dónde no debemos poner nuestros tesoros. También nos da el mejor consejo sobre inversiones que oiremos jamás: “Haceos tesoros en el cielo” (Mateo 6:20).

Si dejáramos de leer demasiado pronto, habríamos pensado que Cristo está en contra de que almacenemos tesoros para nosotros mismos. No. Está totalmente a favor. De hecho, nos *ordena* que lo hagamos. Jesús tiene una mentalidad de tesoro. *Quiere* que almacenemos tesoros. Solo nos dice que dejemos de almacenarlos en el lugar indebido, y comencemos a almacenarlos en el debido.

“*Haceos*”. ¿No le parece raro que Jesús nos ordene hacer algo que es para nuestro mayor bien? ¿Acaso hacerlo no sería egoísmo? No. Dios espera que actuemos movidos por un interés en nosotros mismos que esté iluminado, y nos ordena hacerlo. Quiere que vivamos para su gloria, pero lo que es para su gloria, siempre es para nuestro bien. John Piper lo dice así: “Cuando más se glorifica Dios en nosotros, es cuando más nos satisfacemos nosotros en Él”.

El egoísmo aparece cuando tratamos de ganar a expensas de otros. Pero Dios no tiene un número limitado de tesoros que distribuir. Cuando usted almacena tesoros para sí en el cielo, esto no disminuye la cantidad de tesoros que están a disposición de los demás. De hecho, sirviendo a Dios y a los demás es como almacenamos tesoros celestiales. Todo el mundo gana; nadie pierde.

Jesús está hablando de una gratificación diferida. El hombre que halla el tesoro en el campo paga un alto precio ahora, al dejar todo cuanto tiene... pero pronto va a adquirir un fabuloso tesoro. Mientras mantenga los ojos fijos en el tesoro, va a hacer con gozo sus sacrificios a corto plazo. El gozo está presente, así que la gratificación no es totalmente diferida. El gozo presente procede de la expectación del gozo futuro.

¿Qué es este “tesoro en el cielo”? En él se incluyen poder (Lucas 19:15-19), posesiones (Mateo 19:21) y placeres (Salmo 16: 11). Jesús promete que los que se sacrifiquen en la tierra recibirán “cien veces más” en el cielo (Mateo 19:29). El diez mil por ciento: una ganancia impresionante.

Por supuesto, Cristo mismo es nuestro tesoro máximo. Todo lo demás palidece, comparado con Él y con el gozo de conocerle (Filipenses 3:7-11). Una persona, Jesús, es nuestro primer tesoro. Un lugar, el cielo, es nuestro segundo tesoro. Las posesiones y las recompensas eternas son nuestro tercer tesoro. (¿Para qué persona está usted viviendo? ¿Para qué lugar? ¿Para qué posesiones?) “Hacedos tesoros en el cielo”. ¿Por qué? ¿Porque es lo correcto? No solo eso, sino porque es *inteligente*. Porque esos tesoros son los que *perduran*. Jesús presenta unos argumentos básicos. Su exhortación no es emocional; es lógica: invirtamos en lo que tiene un valor duradero.

Nunca va a ver un carro fúnebre tirando de un camión de almacenaje. ¿Por qué? Porque usted no se puede llevar nada de eso consigo.

No temas cuando se enriquece alguno,
cuando aumenta la gloria de su casa;
porque cuando muera no llevará nada,
ni descenderá tras él su gloria. (Salmo 49:16-17)

John D. Rockefeller fue uno de los hombres más ricos que hayan existido jamás. Después de morir él alguien le preguntó a su contador: “¿Cuándo dinero dejó John D.?” La respuesta fue clásica: “Lo dejó... *todo*”.

Nadie se puede llevar nada consigo.

Si tiene esta idea bien clara en su mente, ya está listo para oír el secreto del Principio del tesoro.

EL PRINCIPIO DEL TESORO

Jesús toma la profunda verdad de que no nos podemos llevar nada, y le añade un sorprendente calificativo. Al decirnos que nos almacenemos tesoros en el cielo, nos presenta un asombroso corolario, al que yo llamo “el Principio del tesoro”:

No nos llevamos nada con nosotros... pero lo podemos mandar por delante.

Así de sencillo. Y si no lo deja *sin respiración*, es que no lo está comprendiendo. Todo aquello a lo que nos tratemos de aferrar aquí abajo, se va a perder. Pero todo lo que pongamos en las manos de Dios, va a ser nuestro para toda la eternidad (asegurado por una cantidad infinitamente mayor que cien mil dólares por la verdadera CSDP, la Corporación de Seguros de Depósitos del Padre).

Si damos en lugar de guardar; si invertimos en lo eterno, y no en lo temporal, estaremos almacenando en el cielo unos

tesoros que nunca dejarán de pagarnos dividendos. Los tesoros que almacenemos en la tierra quedarán atrás cuando nos vayamos. Los que almacenemos en el cielo nos estarán esperando cuando lleguemos.

Los expertos en planificación financiera nos dicen: “Cuando se trate de su dinero, no piense solo en tres meses o tres años por delante. Piense en treinta años”. Cristo, el consejero máximo en las inversiones, lo lleva más lejos. Nos dice: “No preguntes cómo te va a estar pagando tu inversión dentro de solo treinta años. Pregunta cómo te va a estar pagando dentro de treinta *millones* de años”.

Supongamos que yo le ofrezco hoy mil dólares para que los gaste en lo que quiera. No está mal. Pero suponga que le doy a escoger: puede tener mil dólares hoy, o diez millones de dólares dentro de cinco años. Solo un tonto aceptaría los mil dólares hoy. Sin embargo, eso mismo es lo que hacemos cuando nos aferramos a algo que solo va a durar un instante, prescindiendo de algo mucho más valioso, de lo que podríamos disfrutar más tarde, y por mucho más tiempo.

El dinero que Dios nos encomienda aquí en la tierra es un capital para hacer inversiones eternas. Todos los días son oportunidades para comprar más acciones en su Reino.

No se lo puede llevar consigo, pero lo puede enviar por delante.

Es un concepto revolucionario. Si usted lo acepta, le garantizo que va a transformar su vida. Cuando almacene tesoros celestiales, adquirirá una versión perdurable de lo que aquel hombre halló en el tesoro que estaba escondido en el campo. El gozo.